

entre los súbditos de una y otra, y la primera idea de la proteccion á los heridos.

* *

Los árabes invadieron todo lo que hoy forma el imperio de Marruecos, y otras muchas comarcas, por los años 1050 de nuestra Era, siendo los Almoravides los invasores, de cuyas pasmosas conquistas están plagadas nuestras crónicas; y su dominio se hubiera extendido considerablemente por los pueblos del Norte, si Carlos Martel no hubiera puesto un límite á sus ambiciones con la completa derrota que sus huestes sufrieron en las inmediaciones de Tours.

Este gran pueblo que en España contaba con setenta bibliotecas públicas, ántes que la imprenta llegara á descubrirse, y que sólo el catálogo de la del Palacio de Meruan, en Córdoba, formaba cuarenta y cuatro volúmenes de á cincuenta hojas cada uno, que fué el que más brilló en las artes y las ciencias y á quien se deben multitud de inventos y conocimientos de suma utilidad, se vé luego desaparecer sin que medie intervalo alguno entre su grandeza y decadencia.

Refugiados en territorio de Berberia, despues de la rendicion de Boabdil, encontraron completamente borrados los efectos y las huellas de la dominacion de sus antecesores. Sus continuas reyertas civiles fueron origen de la entronizacion de las Almohades y Almoravides, á quienes corresponde gran parte de responsabilidad por el desastroso fin de este pueblo, y á cuya obra puso cima el imperio de los *Scherifes* que aún hoy los gobierna. Esta repugnante dinastía ha convertido su grandeza y esplendor en la barbárie y la ignorancia.

A pesar de que la raza árabe ha degenerado considerablemente, efecto de la diversidad de pueblos que sucesivamente los han sometido á su dominio, es muy posible que sus usos y costumbres en nada hayan variado desde hace tres ó cuatro mil años. Si

nómadas eran entónces, aún conservan este género de vida; y sus tribus gobernadas del mismo modo que en los tiempos bíblicos, demuestran los rasgos de su altivez y la gallardía en sus acciones. Son valientes, sufridos, activos, inteligentes, sumamente sóbrios, y hacen gala de vivir separados de las demás razas del país; no abandonan jamás sus tiendas, y pastores, agricultores y guerreros, recuerdan aquellos tipos admirables de la antigüedad, llegando la ilusion á ser completa con el traje cuya forma y tejido no deben haber variado desde los tiempos de Ismael.

Su fisonomía es imposible confundirla con la de las demás razas que viven junto á ellos. Altos, esbeltos, cara tostada, mirada fija y penetrante, fuerte y pronunciada musculatura, soltura en sus movimientos, ademán expresivo y conversacion animada, forman los atributos exteriores de esta raza. Todos esgrimen el sable y la gumia con singular destreza, y jamás se separan de su espingarda, que cuidan con un esmero superior á toda ponderacion. También tienen en gran estima á los caballos, pero ya hemos dicho ántes los mil obstáculos que hallan para conservarlo, por lo cual no ha de tardar mucho tiempo en que sea punto ménos que imposible hallar un caballo bueno en Marruecos.

Entre sus juegos favoritos, figura en primer lugar el *laab-el-barud* (jugar la pólvora) y que emplean en toda gran solemnidad religiosa ó cuando un acontecimiento de familia lo requiere, para mayor esplendor y regocijo de la fiesta. Colocados unos veinte ó treinta jinetes en batalla, y á una señal del más caracterizado de la fila, señal que consiste en levantar á toda la extension del brazo derecho la espingarda, ejecutan los demás igual movimiento y rompen á la carrera más veloz hasta disparar delante de la persona obsequiada en caso de que exista, ó de lo contrario, á una distancia proporcional que por lo general nunca excede de 200 metros del punto de partida. Una vez hecho el

disparo, si la espingarda obedece á la accion del jinete, lo que se verifica raras veces, detienen sus corceles empleando los medios más violentos, lo cual origina muchas caidas y obligan al pobre animal á hacer todo género de contorsiones para evitar los sufrimientos que los bruscos tirones de la brida les proporciona.

Por regla general, los árabes son muy buenos jinetes, pero hay algunos que superan á las exigencias más caprichosas. He visto árabe que ejecutaba estos ejercicios sin cinchar su caballo, teniendo la brida suelta, como todos los demás, y manejando su espingarda con la mayor habilidad. El número de los que reunen estas condiciones de agilidad, soltura y seguridad á caballo, es bastante considerable, y cuando alguno sobresale de los demás por estas razones ó monta un caballo del cual quiere hacer gala por sus inmejorables condiciones, suele correr sólo en vez de embeberse en la fila en que cargan los restantes.

Durante la carrera se oye un ruido estrepitoso por el trotar de los caballos, las exclamaciones de los jinetes que invocan á Dios para que les ayude en el combate y les recompense en la otra vida su fervor por la causa santa, y el *yu, yu, yu, yu*, interminable de las moras, que, á distancia y alejadas del contacto de los hombres, presencian esta distraccion y muestran de esta singular manera su satisfaccion.

La habilidad en el manejo de la espingarda, arma tan incómoda como insegura, la demuestran tambien á pié firme en los mismos dias y por análogas causas. Primeramente la lanzan al aire por tres veces, y despues de recogida la hacen dar vueltas con el dedo índice de la mano derecha hasta que adquieren una velocidad vertiginosa, en cuyo momento se preparan para sujetarla y disparar. Esto último se verifica siempre entre las piernas y sería punto ménos que imposible querer indicar cómo se efectuaba, porque son

tantas las vueltas y revueltas que dan obligados por la fuerza de impulsión de la espingarda, girando alrededor del dedo índice indicado, y tan extraordinarios los movimientos que ejecutan, que se ocultan al observador más perspicaz.

Muchas veces me he aproximado más de lo conveniente por si conseguía satisfacer mi curiosidad; pero sólo lograba verme expuesto á los efectos, siempre muy dolorosos, que suelen ocasionar las armas que revientan en estas fiestas por cargarlas con triple cantidad de la que pueden resistir.

Este acto de barbárie resalta todavía mucho más en los moros marineros que habitan en las costas, los cuales usan por lo regular la carabina de piston, á la cual aplican una carga tan espantosa, que necesitan enrollar el cañon con pañuelos para no abrasarse las manos despues del disparo. Parece inútil indicar que el retroceso es de unos tres á cuatro metros y que como seria imposible dispararla al brazo, la apoyan en las piernas, sujetándola fuertemente con las manos; lo cual origina mayores estragos cuando revienta, cosa que suele suceder con bastante frecuencia.

*
**

El árabe recuerda siempre sus deberes con su Profeta, y no olvida tampoco las ventajas que esta conducta le ha de reportar en la vida eterna. Así pues, su estado es militar por excelencia; miéntras tenga un átomo de fuerza, considera como una mision obligatoria y muy honrosa, empuñar las armas en contra de cualquier usurpador y todo infiel que no crea en un sólo y único Dios. Entre las prescripciones y ventajas que Mahoma les señala en el libro divino para ellos, el Koran, merecen citarse las siguientes:

«El hombre no muere sino por la voluntad de Dios, y segun el libro que fija el término de la vida. El que desee la recompensa de este mundo, nosotros se la con-

cederemos, así como la vida futura al que la desee.»

«Cuando esteis en frente del ejército enemigo, no huyais.»

«El que vuelva la espalda el día del combate, á no ser para volver á la carga, será maldito de Dios y su morada será el infierno.»

«Combatid en la vía de Dios contra los que os hagan la guerra; matadlos allí donde los halleis y arrojados de donde os hubieran arrojado.»

«Combatidles hasta que ya no tengais que temer la tentacion, y que todo culto sea el de Dios único.»

«El que abandone su país por la causa de Dios, hallará bienes en abundancia.»

«Los que han abandonado su país y combaten en la senda de Dios con sus bienes y personas, ocuparán un sitio elevado cerca de Dios. Serán bienaventurados.»

«Alimentaos con los bienes lícitos cogidos á los enemigos, y temed al Señor; pues es clemente y misericordioso.»

Conocidos estos preceptos y otros muchos que pudiera traducir de libros árabes, si no temiese ser demasiado prolijo, no extrañan ni sorprenden las pasmosas conquistas llevadas á cabo por este pueblo, y sólo merece fijar la atención en su desgraciada situación actual, para conocer los motivos que los haya empujado á una corriente tan desastrosa.

*
**

El árabe, habitante de los campos, forma un *aduar* donde pudiera decirse que vive en una especie de confederación y aislado de los demás, aunque pertenezca, en subdivisión muy secundaria, á una kábila ó imperio. El *aduar* tiene una forma circular, en cuya circunferencia están plantadas unas tiendas, estilo primitivo, que los resguardan de la intemperie. Estas tiendas, cuyo número es igual al de familias que

componen aquella federacion, están formadas por una tela hecha de palma machacada y pelo de camello; su ajuar lo componen unas cuantas esteras, mantas, un molino de piedra de mano, escasos útiles para hacer la comida, y sólo por excepcion, algunas colchonetas.

En el centro del círculo que forma el *aduar* se recojen de noche los caballos, mulos, asnos y todo el ganado lanar y vacuno, quedando cerrado por una valla de setos que circunda este pequeño pueblo, donde á pesar de la vida íntima que todos hacen, viven en la mejor armonía.

La vigilancia para evitar que los sorprendan en ninguna ocasion, está encomendada á un sinnúmero de perros, que dan pronto aviso cuando álguien se aproxima; este inteligente animal cumple su cometido con la mayor exactitud y fidelidad, sin embargo del mal pago que suele recibir.

El jefe de esta familia recibe el nombre de Shej y se halla sometido á las inmediatas órdenes del Bajá más próximo; gobierna su gente con las leyes que le dicta *su sentido comun* y es el responsable, así como todo el *aduar*, de cuanto suceda en su jurisdiccion.

Los viajeros reciben franca y generosa hospitalidad de estas pobres gentes, las cuales observan esta virtud desde muy antiguo y jamás han omitido medio alguno para obsequiar á los huéspedes que se refugian en sus tiendas. El que se presenta exclamando *Daij-Al-lah* (huésped de Dios) tiene siempre acogida franca y generosa, y durante los tres dias que la religion les impone este deber, le obsequian cumplidamente, á su manera, con los manjares de que disponen y goza de la mayor proteccion. Sin embargo, un europeo no podría sufrir los tres dias de permanencia en uno de estos sitios, porque la suciedad por un lado y la abundancia de pulgas, y otros animales más repugnantes, le obligarían á emprender de nuevo la marcha.

De esta hospitalidad se ha abusado mucho *por los cristianos*, quienes han explotado á su gusto la igno-

rancia y buena fé de estas gentes, por cuya razon desconfian ya de todos.

Su alimento és frugal en extremo; se desayunan con leche y frutas secas; hacen el pan con una especie de sarten, donde colocan una masa sin levadura, de las harinas del trigo, cebada y maiz; su elaboracion es sencilla, pero sumamente indigesto como alimento. Gustan mucho del *cuscús*, como todo mahometano, el cual consiste en unos granitos como perdigones hechos de sémola y que cuécen por medio de la evaporacion del agua, para cuyo fin poseen los útiles necesarios. Colocada esta pasta en un gran barreño, la condimentan con guisados de carnes, aves y abundante manteca de vaca. Otras veces suprimen la carne, y la toman con leche, de riquísima calidad.

Todos reunidos alrededor del barreño citado, comen con las manos tan suculento como apetitoso plato y sólo emplean la cuchara para los líquidos; pero excluyen por completo en sus mesas, si este nombre merecen, el uso del tenedor y cuchillo. Esta costumbre de comer con las manos es propia de todo creyente, sin omitir al Sultan; mas conviene advertir que una de las primeras operaciones que verifican al sentarse, es la de lavarse las manos, con cuyo objeto un negro se halla provisto de una jofaina, un jarro con agua, jabon y una tohalla.

Dedicados al cultivo de las tierras próximas á sus *aduares*, sus quehaceres ni son grandes ni excesivamente laboriosos; la mayor parte del tiempo lo pasan cuidando del ganado que poseen, y dejan á la mujer, considerada como el animal de carga, el cuidado de la mayor parte de sus ocupaciones. Para ellos la galantería es desconocida y en varias ocasiones he visto una mora arreando un asno que montaba su marido.

Cuando el terreno ha producido cinco ó seis cosechas seguidas, consideran demasiado trabajada

aquella hermosa tierra, que por lo regular devuelve ciento por uno sin recibir ningun género de abono, y entónces trasladan el *aduar* á otro suelo vírgen, si lo encuentran, operacion que verifican con suma facilidad.

En las inmediaciones de estos aduares, se hallan un sinnúmero de subterráneos donde almacenan el trigo, y cuya entrada, rasante al terreno, está ordinariamente cubierta de yerba, lo cual obliga al caminante á guardar una prudente precaucion para no caer en estas escavaciones.

*
**

Las guerras civiles se suceden sin intervalo, por lo cual pudiera decirse que su estado normal es estar siempre sobre las armas y en acecho del enemigo. Algunas de estas contiendas se originan por la muerte de un individuo de kábila diferente. Estas luchas son las más encarnizadas y de carácter más salvaje. Como las autoridades del emperador no toman nunca parte, la familia del asesinado procura vengarse en uno de la del asesino, para cuyo efecto le preparan alguna emboscada y lo matan sin exposicion; pero luego se cometen nuevos crímenes por ámbas familias que por lo regular quedan diezmadas ántes de darse por satisfechas.

Esta es la condicion actual de la raza árabe, descrita á grandes rasgos. Nada importa que habite extensas llanuras de inconcebible feracidad, llenas de arroyos y rios que en un largo trascurso no encuentran un lago, canal, ó presa desde donde puedan dar vida á las plantas y movimiento á la industria. La política del emperador está basada en otros principios más egoistas é insensatos que podríamos resumir de esta manera: *todo para el Sultan y nada para el país.*

Pero el término de esta situacion se acerca á pasos agigantados; los moros principian á darse cuenta de lo

que poseen y á conocer cuáles son sus deberes y derechos. Se hallan, pues, en una pendiente muy resbaladiza porque observan lo que sucede en los países civilizados, y cuando lleguen á comprender todas las ventajas que el progreso les ha de proporcionar, y arrojen la venda del fanatismo que desde hace siglos les tienen esclavizados á tan despótico gobierno, no tardarán en suplicar el apoyo incondicional de una potencia europea para adquirir su libertad, y con ella la paz y sosiego de que tanto necesitan.

Beréberes.

De seguir las teorías expuestas por los diferentes escritores que se han ocupado de la historia de la raza *beréber*, poderosa en sus primitivos tiempos, incurriríamos en las erróneas apreciaciones sustentadas por la mayoría que, sin duda porque no conocen los usos y costumbres de este pueblo más que por referencias de los siempre complacientes *ciceroni*, le atribuyen una importancia muy superior á la que en realidad hoy tiene.

Pero no es nuestro objeto hacer un estudio histórico sobre el origen y vicisitudes de los beréberes, ni tenemos espacio para ello; dia llegará en que con más tiempo y datos á la vista podamos refutar muchas de las apreciaciones contenidas en obras publicadas con el fin de ilustrar á la opinion y que sólo sirven de difuso estudio para cuantos desconocen esa parte tan importante del continente africano, donde sólo impera la veleidosa voluntad de S. M. Sherifiana.

Los datos estadísticos tampoco pueden responder más que á meras conjeturas. Los beréberes, que acatan y obedecen la autoridad del sultan, forman la parte más insignificante de esta raza; y, por lo tanto, no existiendo censo de ningun género, ni áun cono-

ciéndose el número exacto de aduares ó kábilas en que residen, todo cálculo está fundado en suposiciones que adquieren mayor tamaño á medida que la distancia aumenta y se hace más difícil la comunicacion con sus territorios.

Nuestro malogrado amigo y compañero Murga, que ha recorrido el imperio en distintas direcciones, internándose donde muy pocos han llegado, y haciendo un género de vida igual á la de los habitantes por cuyos territorios transitaba, medio el más hábil para conocer toda la historia, usos, costumbres y cualidades peculiares á esta raza, ha procurado cuidadosamente omitir cualquier cifra, que determinase el número de sus habitantes; porque para ello le sería preciso hacer una série de divisiones interminables á fin de distinguir á los *beréberes* de verdadero origen de entre aquellos que en nada se diferencian de los árabes, ni áun en el lenguaje exclusivo de aquella raza.

Este pueblo se halla en la actualidad sometido al dominio de los moros y árabes, despues de las trascendentales conquistas de sus primitivos tiempos, y habita en Marruecos las ramificaciones de las distintas cordilleras que parten del famoso monte Atlas, el cual distinguen los musulmanes con el nombre de *Djebel-Tadla* (monte elevado).

Se divide en *amacirgas* y *sheloes*. Los primeros tienen su asiento en la parte septentrional del monte citado, inmediato á la frontera francesa de Argelia, y se conocen tambien con el nombre de rifeños, por habitar la Kabila del Riff; al sur de Fez se hallan los sheloes, encontrándose muchos en las inmediaciones de la ciudad de Marruecos, que se extienden hasta Tafilete y límite del desierto de Sahara, donde, entre otros nombres, reciben el de *Tuaregs*. En estos últimos territorios, como asimismo en los que se hallan

á alguna distancia de Mogador, la autoridad del emperador es desconocida, y sus habitantes se distinguen de los demás de su raza por su carácter aventurero y aún más salvaje que los restantes del país.

También existen diferencias notables en el género de vida y ocupaciones de estas diversas gentes. El rifeño, con la característica trenza que deja en su cabeza hacia el costado derecho, después de bien afeitada toda la parte restante, tiene una vida sedentaria, reúne una constitución robusta, trabaja sus tierras con esmero, es inquieto y arriesgado; pero cuida de no comprometer su vida y hacienda, á no ser cuando hostigado por las autoridades, *kaid*s ó *shejes*, se vea en la necesidad de defenderlas y evitar una encarcelación perpétua, originada, en la mayoría de los casos, por la codicia de sus gobernantes ó por el motivo más insignificante.

Los shelojes, de espíritu noble y emprendedor, aman más su propia libertad que la tierra donde nacieron; y huyendo siempre del yugo á que están sujetos, burlan la autoridad del sultán internándose en los sitios más abruptos de sus comarcas, hasta que superiores en número y posiciones, toman justa venganza de los atropellos de que son víctimas. A pesar de ser excesivamente desconfiados, son generosos con el débil y tiranos hasta la ferocidad con sus opresores.

Igual desconfianza tienen con respecto á los cristianos, y por esta causa cuantos se aproximen á sus adueros podrán notar la actitud observante que guardan al nuevo huesped, quien sea dicho en honor á la verdad, halla entre aquella gente más nobleza de sentimientos de lo que pudiera esperarse en seres de aspecto tan repulsivo y de maneras tan salvajes. Esta desconfianza tiene su origen en parte por la conducta que algunos han observado, especialmente los renegados, cuyos instintos y proceder de toda su vida llevaron á Berbería en descrédito de los europeos. La

mayoría de los musulmanes tienen de nosotros las opiniones ménos favorables, lo cual, unido á su excesivo fanatismo y á las ideas tan absurdas que de nuestra religion aprenden desde muy jóvenes, les inducen á considerar la amistad con los cristianos como funesta para los bienes que Mahoma les prometió en gran abundancia.

*
**

A pesar de que sus comarcas, tan fértiles como abundantes en mineral, les ofrecen medios más que suficientes para poseer gran parte de la riqueza del Mogreb, su estado es muy pobre y las transacciones comerciales se reducen casi exclusivamente á la venta de sus ganados para adquirir los géneros europeos con que confeccionan parte de su traje. Súcios y casi desnudos, al verlos en los campos cultivando una pequeñísima parte de sus tierras ó cuidando de sus ganados, ofrecen al observador materia suficiente para extenderse en consideraciones sobre la vida de un pueblo de quien guarda la historia hechos tan brillantes.

Estos descendientes de Cham, segun aseguran los historiadores, podrían proporcionar grandes cantidades de cereales, lana, pieles, dátiles, miel y cera; cuyos artículos produce en abundancia su privilegiado suelo, si el gobierno marroquí ofreciese á sus súbditos más garantías en sus bienes y facilitase á los europeos el medio de adquirir y exportar todos los productos de aquel país.

Otras tribus existen de esta raza, todavia más numerosas que las que habitan el Magreb, cuyos productos se desconocen en Europa, porque hallándose demasiado internadas y sin medio alguno de comunicacion, se hacen imposibles todas las transacciones comerciales, destruyendo de este modo cuanto tienda

á dar vida y animacion al trabajo y á la industria de aquel vetusto imperio.

*
*
*

Usan un dialecto especial, mezcla del siriaco, fenicio, hebreo y árabe. Su religion es la de Mahoma aunque no la guardan con la misma fidelidad que los moros, habiéndose apropiado ciertos derechos y distinciones cuyo origen no he podido averiguar.

Recuerdo que en una ocasion, y con motivo de una páscoa en que cada musulman debe matar un carnero, me dijo uno de tantos fanáticos creyentes, pero que por su ilustracion nada comun en aquel país, debía hallarse al abrigo de las mil patrañas que el pueblo viene trasmitiendo de generacion en generacion, que en aquél tiempo, y siempre que la citada páscoa se verificaba, gran número de beréberes tenían el privilegio de leer *en las costillas de los carneros inmolados* para la remision de los pecados del pueblo mahometano, el destino que en aquel año esperaba al dueño de la víctima. Y como en materias religiosas las discusiones sólo sirven para entibiar amistades más ó ménos íntimas, consideré muy prudente, y adaptado á las circunstancias, mostrar mi admiracion por un milagro más que hasta entónces desconocía.

Entre los preceptos religiosos que tienen en mayor descuido, merece citarse la série interminable de abluciones que todo creyente debe practicar diariamente. Si cumpliesen con esta imposicion del Profeta, evitarían la suciedad y miseria que constantemente les rodea.

Su traje se compone de camisa, zaragüelles cortos, *bedeia* (chaleco), *suljam*, y en la cabeza usan algunos, por excepcion de la regla, el gorro encarnado con el turbante, de menores dimensiones que el de los moros. En un cinto de cuero más ó ménos ador-

nado, llevan siempre algun puñal, y los que tienen *gumia* (puñal corvo) la suspenden del cuello por un grueso cordón de seda, del costado derecho al izquierdo. Algunos usan una lanza, cuyo hierro está retorcido; y los de posición más acomodada llevan siempre sable y espingarda cuajadas de adornos é incrustaciones.

Las moras, entre esta gente, tienen la misma vida que las de los árabes, si bien disfrutaban de más libertad para todos sus actos.

Las costumbres entre árabes y beréberes se diferencian muy poco. Viven también en *aduares*, en la misma clase de *jaimas*, y sólo por excepción se encuentran algunos que poseen castillos ó fortalezas arruinadas y casas de planta baja, construidas con piedras, tierra y paja.

Hacen gran consumo de la abundante caza que se encuentra en los bosques de su territorio, la cual adquieren sin necesidad de consumir pólvora ni balas. He asistido á algunas cacerías en las que derribaban las perdices á pedradas, y los conejos por medio de palos. La carne de jabalí la comen con mucha frecuencia, á pesar de las prohibiciones del profeta.

Una particularidad, digna de notarse, se observa entre esta raza. La existencia de algunos aduares de judíos entre los beréberes, merece citarse como un caso raro en que el hebreo, nacido únicamente para la especulación y el servilismo, haya abandonado sus instintos favoritos para ocuparse en las faenas del campo y hacer una vida opuesta á la que observan en las ciudades.

Sin embargo, esta clase de judíos, muestra viviente de los que existieron durante los tiempos de Moisés, no olvidan sus inclinaciones y son los encargados de especular aún con el reducido comercio de

los beréberes, y á ellos acuden cuando necesitan acomodar sus mercancías.

Dicen que sus antepasados fueron los primeros que habitaron aquel hermoso suelo, y así lo creen de buena fé los beréberes; y como se vanaglorían de no haber tenido participación en la muerte de Jesucristo, sin duda por hallarse muy distantes, los tratan de igual á igual sin guardarles ninguna de las prevenciones que tan comunes son en esta raza. Más adelante expondremos el respeto y adoración que todo creyente debe á nuestro Señor Jesucristo, y las persecuciones *legales* que los judíos pueden sufrir cuando un musulman les oiga proferir alguna de las blasfemias que emplean al hablar del Redentor.

*
**

Tanto los árabes como beréberes, tienen en distintas Kábilas *socas* ó mercados diarios, unos más frecuentados que otros, según el número de habitantes que se hallan á las inmediaciones de los sitios destinados á esta clase de mercados, que se designan por los días de la semana ó puntos donde se verifican, y que ofrecen abundante material para hacer un estudio concienzudo de las cualidades de aquel pueblo.

Cada kábila ó aduar presenta á la venta los productos que recoge en su comarca, abundante ganado vacuno, mular y caballar; y los judíos son generalmente los que llevan á estos lugares todas las mercancías que exportan de Eupora, como géneros de punto, azúcar, té y quincallería.

Estos mercados presentan un aspecto imposible de describir. Entre mil ó dosmil voces que pregonan las mercancías se hallan compradores que arman no ménor gritaría regateando hasta lo inverosímil el precio del artículo que ambicionan, seguramente porque no dan al tiempo la misma importancia que los

hijos de la industriosa Inglaterra. Pero lo más notable, dado el carácter ardiente y meridional de aquella raza, es el orden tan admirable que reina en sus diferentes contratos, á pesar de que el Shej que se halla al frente de aquella turba inmensa, sólo dispone de una docena escasa de soldados para dirimir las cuestiones que ocurran.

Sin embargo de que todos usan armas, he presenciado varias cuestiones en que agarrándose fuertemente ambos contendientes de la chilaba, por muy cerca del cuello, empleaban como armas ofensivas los puños y la cabeza, con la cual se sacudían tan tremendos golpes, que sin exageracion, podría compararse con la de los carneros por su dureza. Estas luchas sin importancia, terminan siempre por la intervencion de alguna persona respetable que maldice al demonio, causante siempre de todos los males, y reprende duramente á los contendientes por haberse dejado seducir por tan despreciable espíritu.

Algunas veces, por excepcion, suelen emplear la *gumia*, pero estas son tan raras que casi merecen citarse.

*
*
*

Disponen del ganado caballar en gran abundancia, dadas sus ocupaciones ordinarias, y aunque la raza de estos territorios no es de las mejores, se distingue por su excesiva resistencia y buenas condiciones para las marchas, para la carrera y para salvar las escabrosidades del terreno. Son más bien pequeños que altos, pero muy aptos para soportar la fatiga, el frío, el calor, el hambre y la sed.

Cuando hay alguna fiesta de familia ó en las pascuas de su religion, prodigan *el laab el barud* (jugar la pólvora), lo cual, al propio tiempo de ser una distraccion á que tienen gran apego, es un ejercicio

para adquirir mayor destreza en el manejo del arma estando á caballo.

Esta amena instruccion produce escasos resultados á juzgar por el número de bajas que se advierten cuando tiene lugar algun combate entre jinetes de diferentes kábilas, que suele suceder con mucha frecuencia. Las bajas más numerosas resultan siempre de algunas caidas, por el desconcierto que reina entre los combatientes, ó por falta de precauciones al cargar y disparar el incómodo armamento que aún emplean.

Poseen tambien un número suficiente, para sus necesidades, de camellos y asnos que dedican á todo género de trabajos. Estas dos clases de animales son de gran utilidad para estas gentes, pues sin ellos los medios de transporte en aquel país serian tan limitados que no bastarían para las necesidades más perentorias.

El camello, además de su resistencia para viajar por el desierto, ofrece tambien su carne para alimentar á aquellas gentes, y las camellas producen abundante leche que los moros emplean para sus distintos alimentos, y reemplaza al agua, cuando se carece de este alimento tan necesario para la vida, como suele suceder en *Guad-Nun* y otras comarcas.

La historia de este pueblo ofrece una enseñanza muy útil y provechosa para el que se proponga conquistarlo. Desde los tiempos más remotos han opuesto gran resistencia á todos sus conquistadores, concluyendo por hacerse sus auxiliares, siempre que el vencedor ha respetado su espíritu de nacionalidad y su tendencia á las sublevaciones y revueltas; teniendo además la gran ventaja de no ser intransigentes en materias religiosas, por cuya razon abrazan con facilidad la que sus dominadores profesan, si en ello no ven el menor menoscabo á su independencia ni desprecio á sus costumbres.

La dinastía de los *sherifes* está siempre amena-

zada por esta raza, que si llegase á coligarse con los árabes, conseguiría muy pronto derribarla, á semejanza de lo que ya hicieron en sus mejores tiempos con los Almoravides, Almohades y Merinidas. Si esto sucediese y las potencias europeas abandonan la política desastrosa que siguen en aquel país, y olvidando sus celos, desconfianza y rivalidades, trabajan para el bien comun, de seguro se obtendrían tratados ventajosísimos que transformarían la faz de un pueblo que debía nadar en la abundancia y vegeta entre el hambre y la desnudez. Por utópico que parezca este aserto, puede aún adicionarse con la seguridad de que pronto perderían sus preocupaciones y nos agradecerían el haberles creado un bienestar desconocido, y que ellos solos no podrán realizar sino en un plazo muy lejano.



Negros.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Objeto del tráfico de infinitos seres desnaturalizados que huelgan por el mundo, su condicion es de las más horribles que pueden conocerse entre el género humano.

Confundidos con las béstias, se venden en pública subasta los dias de mercado, y el esclavo, de cualquier sexo y edad que sea, sigue con paso humilde al pregonero que á grandes voces anuncia el último precio fijado por uno de los compradores. Cuando no hay mercado, el negro ó negra recorre todas las calles más céntricas, hasta que por él ofrezcan la cantidad apetecida por su dueño.

Sin embargo, debemos consignar que Mahoma, en su libro sagrado, no olvidó á esta desgraciada raza; y prometió grandes recompensas á aquel que concediese libertad á sus esclavos, si lo hubieren merecido por su fidelidad y buen comportamiento, dándoles ade-

más alguna parte de sus bienes para que puedan vivir con holgura.

Halagados por estas promesas, existen muchos moros que al comprar un esclavo, á la par que el acta de propiedad, hacen que el notario extienda la de su emancipacion. Si el negro es de mayor edad y pide continuar con su nuevo amo libertador, lo dedican á trabajos especiales, y en el caso contrario se marcha á vivir por su cuenta; pero si todavía no ha alcanzado los 20 años próximamente, lo retienen hasta que, una vez casado, elija la vida que mejor le plazca.

*
**

Los negros que existen en Marruecos son oriundos del Sudan y de Guinea, de donde pasando por Timbuctú y Tafiote, los traen engañados á tan corta edad, que luego ni aún recuerdan la tierra que les vió nacer.

La primera noticia que se tiene de esta raza, cuyo color sólo las leyendas se explican, data del principio de la segunda guerra púnica (216 años ántes de Jesucristo), en cuya época llegaron algunos á Cartago causando la admiracion y asombro de los habitantes de esta famosa capital. Desde entónces, y á pesar de los siglos trascurridos, viene sufriendo una situacion que parece debiera hacerles muy infelices; pero llevan su desgracia con tal resignacion, que interrogando en una ocasion á una negra sobre la envidia que debía inspirarles las *blancas*, me contestó muy altanera que jamás se cambiaría por una de éstas, porque por ella ofrecían y pagan una cantidad bastante considerable y por la *blanca* nadie daba nada.

*
**

Tanto los niños como las niñas esclavas son muy estimadas, y algunas veces su precio se eleva á 150

duros; pero las mujeres y los hombres cuando exceden de los 15 años, su valor disminuye en la misma proporcion que sus años aumentan. Así, pues, un hombre de 30 años, escasamente llega á valer 40 duros, y la mujer no excederá de los veinte.

La razon consiste en que un jóven, hasta la edad de los 16 años, puede penetrar libremente en las habitaciones de las moras y servir de mandadero para los recados que ocurran ú otros quehaceres domésticos, así como las jóvenes, las cuales además puede el amo hacerlas sus concubinas; pero cuando llegan á la edad de 30 años, la mujer sólo sirve como criada de su ama, y el hombre queda dedicado al cuidado del jardin, de la mula del amo ó de cualquier otro sitio donde las moras no asisten si no van muy tapadas para no ser vistas.

*
**

Quando un esclavo queda emancipado por su dueño, recorre las calles y mercados con una caña, en cuya extremidad superior está sujeta el acta de su libertad, recibiendo las felicitaciones de los transeuntes por su estado independiente.

Conseguido este objeto principal, muchos vuelven á su país, donde no tienen que sufrir las consecuencias de su precaria situacion pasada; pero otros, por el contrario, permanecen, medran y llegan á alcanzar grandes destinos al lado del emperador.

La raza negra, dotada de las mismas cualidades y defectos que la blanca, adquiere con el estudio un grado de ilustracion muy digno de notar entre aquel pueblo, donde la inmensa mayoría no saben leer; por cuyo motivo, y considerando que siempre se distinguen por su fidelidad, los sultanes les han prestado una proteccion omnimoda, encargándoles los puestos más espinosos de la administracion y aquellos que requieren hombres de toda confianza.